

SUPUESTOS PEDAGOGICOS DE LA ENSEÑANZA DE LA FILOSOFIA EN EL B.

JOSE ARTIGAS

Desde hace algunas décadas, acentuadamente durante las tres últimas, se viene reiteradamente repitiendo una peculiar actitud crítica ante los últimos tramos de la historia de la cultura occidental. Que ésta ha descrito, en efecto, un arco de ballesta, introduciéndose mar adentro por aguas más que peligrosas, es evidente; pero no lo es menos que, en definitiva, el fallo no lo es tanto de las meras formas culturales objetivadas —localicéense éstas en el plano propiamente cultural o en el de la civilización—, como del hombre, que o ha empobrecido su espíritu bajo la influencia del clima histórico determinado por tal esquema cultural, o ha tenido que abdicar previamente de su dignidad para alcanzar a establecerlo.

En un caso u otro, es patente que la víctima fundamental y primera es humana, y que junto al fracaso que se registra espectacularmente en la reiterada amenaza de guerra o la cristalización político-social del materialismo dialéctico, hay que alinear también decididamente —aunque aquí falten los acordes materialmente sangrientos— el del hombre occidental de cada día, sujeto indudable de una serie de derechos cívicos, pero incapacitado de facto para describir una trayectoria vital propia y verdaderamente humana, porque la formación que recibe es fiel trasunto de la cultura cuya crisis está definitivamente definida.

La dificultad, empero, reside en que la Pedagogía, en cuanto técnica, antes de dictar sus normas, necesita de un previo subsuelo de compleja índole cultural, cuya propia cuestionabilidad aguza precisamente la urgencia de la tarea pedagógica. La dificultad del diagnóstico histórico, por otra parte, y la inseguridad de la profecía —y una suerte de profecía implica en algún modo el proyecto de formación—, no reside tanto y tan propiamente en la capacidad de libertad cuanto en la excepcionalidad de toda situación humana. Ello, sin embargo, en

modo alguno excusa de acometer el intento de quebrar de algún modo el círculo vicioso que resulta de una cultura deficiente y un sistema educativo informado por ella y que a su vez la sostiene, perpetuándose así un clima vital que ha hecho la existencia humanamente inhabitable para el hombre. Sin duda, por eso, simultáneamente, en distintos meridianos se registra un creciente interés por el tema de la Pedagogía, entendiéndola en su recto sentido de teoría de la formación del hombre, que —si de alguna manera lo comprende— en modo alguno se reduce al arte de hacer el aprendizaje más breve o menos dificultoso.

Entendida, pues, la Pedagogía en su verdadero significado, la más sumaria atención al panorama educativo de nuestros días advierte de la oportunidad de someter a estudio conjunto las tres nociones integradas en el título de este trabajo.

Pero, si cualquiera de ellas aisladamente considerada plantea ya por sí misma una serie de interrogantes acentuados en el momento actual de la cultura, la peculiar y honda crisis en que ésta se encuentra hoy sumergida trae a excepcional primer plano la cuestión de su recta integración, haciéndola devenir mucho más que un simple problema técnico de dosificación y ajuste de unos factores cuyas conexiones fácticas aparecen en todo caso evidentes. En nuestras circunstancias, es preciso establecer una serie de determinaciones previas si se trata de evitar que cada afirmación quede afectada de un margen excesivo de confusión o equivocidad.

• • •

La primera ha sido parcialmente hecha con respecto a la Pedagogía, al aclarar que aquí el término tanto vale como teoría de la formación: por ésta, se entiende el conjunto de hábitos con que reflexivamente se trata de dotar a la generación joven para ponerla en disposición de cumplir sus fines propiamente humanos. Por supuesto, que si entre éstos —establecida la debida jerarquía— aparece una pluralidad de objetivos secundarios, la teoría de la formación se ramificará proporcionalmente, dando lugar a una serie de pedagogías especiales, bien que

Don José ARTIGAS es catedrático de Filosofía de Instituto. Ha publicado dos obras: "El concepto de filosofía en Séneca" y "Descartes o la formación del hombre moderno". Ha estado pensionado en Alemania y es autor de numerosos artículos de revista.

en estrecha conexión y siempre subordinadas a la ordenación general.

Dentro de ésta, pues, debe ser incluido el tema del Bachillerato, puesto que representa un ciclo educativo dedicado exclusivamente a la formación del hombre en cuanto tal, sin más determinación independiente de las características peculiares que de hecho puedan acompañar al educando o la cualidad del futuro que a sí mismo pueda proponerse, objeto de otras especiales atenciones pedagógicas.

Estos supuestos esbozados, todavía hay un principio pedagógico cuyo decisivo interés importa sobremanera subrayar: aquel que Ortega ha formulado expresivamente diciendo que no se puede enseñar más que lo que de verdad se puede aprender. Con lo cual queda categóricamente preceptuada una ineludible poda en el catálogo de disciplinas y cuestiones que han de ofrecerse al estudio del educando, peculiarmente comprometida cuando se considera la complejidad y riqueza en que cristaliza la cultura, o quizá más bien el saber de nuestro tiempo, pero que se hará inevitable por doloroso que a todos sea y sacrilego que pueda parecer a los ojos de determinados idólatras.

Lo esencial exclusivamente, sin embargo, es que tal selección se haga con criterio absolutamente pedagógico, esto es, sin doblarse a otro interés ni atender a otras razones que las rigurosamente emanadas de una acertada determinación de los fines de la formación y la estructura del proceso que implica.

* * *

Cuanto va dicho subraya seguramente la importancia del papel insustituible que al Bachillerato corresponde en la tarea de ayudar al hombre —y mediatamente a la cultura actual— a superar la crisis que hoy penosamente atraviesa. Si una descripción detallada de su articulación sería por ahora inoportuna, no lo es, en cambio, la consideración detenida del oficio que dentro de ella pueda corresponder a la Filosofía en cuanto disciplina excepcional desde una pluralidad de perspectivas y puntos de vista.

Pero esta misma noción de Filosofía, tras la historia de las últimas décadas, sobre todo, se ha hecho tan suficientemente equívoca como para reclamar también unas precisiones previas antes de seguir adelante. Y que las merece es indudable, porque seguramente el hecho cultural más profundo que se ofrece a la consideración de la mente actual es el decisivo cambio de actitud que el hombre ha adoptado ante la Filosofía, que cede su puesto de constitutivo esencial —único en rigor— de la Weltanschauung, que ha mantenido durante toda la época de dominio racionalista, de Descartes a los últimos aletazos hegelianos o positivistas. En realidad, en ello consistía el racionalismo y en la abdicación actual consiste tal vez la can-

celación de un ciclo cultural en la historia. Las nuevas direcciones de pensamiento que con la pretensión de un acercamiento a la vida o la existencia se insinúan profusamente desde hace algunos años, no autorizan probablemente para anunciar la iniciación de una nueva era, pero sí, con toda seguridad, para dar por terminada la del imperio del puro entendimiento del ser humano.

Ante esto, ocurre pensar en una serie de soluciones, ofrecidas de hecho tanto en el plano puramente especulativo como en el práctico de la ordenación pedagógica, empezando por la de eliminación de la Filosofía, lo cual en realidad no significa sino el regreso al pasado inmediato de regencia positivista, que se reparte amigablemente con el idealismo la responsabilidad que al racionalismo, en sentido lato, hay que atribuir en la crisis actual tan aludida en estas páginas.

Justamente, en una clara delimitación de las fronteras y alcance de la Filosofía, de su papel y sentido, se denuncia el papel insustituible que le corresponde desempeñar en un adecuado sistema de formación.

* * *

Ante todo hay que tener presente que en ninguna de las dos actitudes que el hombre moderno ha pretendido adoptar con respecto a la Filosofía, puede mantenerse más que como postura puramente intentada sin forzar el orden natural de las cosas, esto es, sin violentar la inalienable estructura de la Filosofía en cuanto sapientia humana, cuya respuesta a las últimas preguntas del hombre siempre queda más allá de sus posibilidades o la irreprimible tendencia natural del entendimiento humano a proponerse cuestiones panorámicas o radicales, que en modo alguno admiten ni siquiera formulación en el parcelado plano de los saberes particulares.

Rechazadas ambas posiciones contrarias, inaceptables como extremos de un falso planteamiento nacionalista, podría buscarse una solución superadora en apariencia, que buscarse la sustitución de la especulación estricta y rigurosamente filosófica por una nueva construcción menos racionalizada, más enraizada en la existencia y la vida, directamente destilada en lo posible de lo concreto expresado en la biografía o la historia. En esa dirección, desde Kierkegaard y Nietzsche si se quiere, o Fichte, viene moviéndose una serie de pensadores cuya obra, por la abundante inclusión de elementos de diverso orden que rebasan la rigurosa arquitectónica puramente racional, trasciende lo que por Filosofía debe estrictamente entenderse y justifica el que Meyer, por ejemplo, o Przywara, en nuestros días, al enumerarlos históricamente, sin desatender pensamientos que en tiempos pasados han tenido, por otras razones, análogas características, tengan que acudir a

sistemas que ya desde el título —“Historia de la Weltanschauung occidental”, “Humanitas”— denuncian la amplitud del intento, de dimensiones sensiblemente superiores a la de exponer escuetamente la Historia de la Filosofía.

Dado que la Filosofía alcanza su valor máximo en cuanto forma de cultura, y no en cuanto técnica, son indudablemente muy justos tantos los ensayos que tratan de arquitectonizar concepciones del universo, en que el elemento estrictamente racional humano entra en composición con otros, cuales fueren, como la consideración de la historia, tratando de articular los trazos propiamente filosóficos con aquellos otros ajenos que aparecen en estrecha conexión con ellos en la unidad orgánica y viva de la forma cultural.

Pero aun haciendo abstracción precisiva de lo indeciso y confuso de tales integraciones en la mayoría de los casos, aun cuando alguna fuese absoluta y totalmente aceptable y no puro sugestivo callejón sin salida, sería de máximo interés distinguir en su tejido su nervatura estrictamente lógica, lo que de ciencia hay contenido en la concepción total, esto es, la Filosofía, no con ánimo de separar, sino de prestar una base sólida y objetiva a la arquitectónica cultural y ofrecer una pauta infalible para su asimilación subjetiva.

* * *

Una tarea de este tipo llevó a cabo Santo Tomás en su tiempo, y en ello quizá estriba fundamentalmente su superioridad sobre San Agustín, y explica el hecho, tan anotado por Jaime Bofill, de que todavía ninguna herejía haya encontrado campo de despegue en el círculo de la especulación tomista. Hoy, tras la caída del racionalismo, en vísperas de una nueva edad de la cultura, siete siglos más cerca del día en que surgirán los pseudocristos y pseudoprofetos que previene el Evangelio, es tan inaplazable como en el corazón del siglo XIII el establecimiento de una mínima dogmática racional, tan rígida en sus principios como flexible en su imprevisible desarrollo, tanto desde un punto de vista objetivo doctrinal, como desde el subjetivo práctico-pedagógico.

Tras el peligroso meandro que en nuestros días describe la cultura, los próximos tramos de historia sólo serán humanamente accesibles y superables para aquellos hombres cuya concepción del universo esté respaldada por la mínima serie de ideas claras y distintas sobre el mínimo

repertorio de cuestiones fundamentales y decisivas. Una efectiva superación del excepticismo, aunque se llame relativismo histórico, el establecimiento de una rigurosa escala jerárquica de valores y su aceptación eficaz, por ejemplo, son tareas que al educador se le ofrecen hoy como inaplazables, si el educando ha de hacer frente con perspectivas de éxito a los avatares que en las distintas dimensiones de su existencia ha de ir sufriendo.

Justamente ahí reside la necesidad de la Filosofía y el insustituible papel que en la formación de la generación joven le corresponde desempeñar. Con la caída del racionalismo, no sólo no ha disminuido su importancia, sino que ha aumentado. Precisamente por el valor de coronamiento y perfección que entonces tenía, podía desatenderse como en parte se evidencia en Descartes. Desde el nuevo punto de vista, más semejante al del siglo XIII, que la confiere una misión fundamental y condicionante, no podrá repetirse la desatención sin el grave peligro de dejar al hombre desarmado ante el innumerable repertorio de problemas sociales, políticos y religiosos, humanos en general, con que la historia le espera.

* * *

No quiere esto decir, sin embargo, que a todo hombre se haya de extender una formación filosófica, cuya intrínseca dificultad le veda descender a los estratos inferiores de la educación, pero sí que su presencia destacada es terminantemente necesaria en el Bachillerato, aunque ello obligase al educando a terminarlo algo después de lo que en los últimos años viene siendo costumbre. En realidad, de ello no se derivarían más que consecuencias positivas.

Sin establecer con la Filosofía un centro definido de gravitación de la formación, es más que probable que continúe por mucho tiempo el hombre escindido de nuestros días, la fe montada al aire, la técnica deshumanizada, la actitud política veleidosa, la relajación moral evidente; en definitiva, todo lo que es expresión natural de la cultura desorbitada en que la Pedagogía se inspira para diseñar su sistema de formación. En la Filosofía hay que buscar el arranque de las “líneas constantes” que José Antonio echaba de menos. En ella, el camino más corto para la forjación de un hombre nuevo que en Pedagogía, como en toda geometría del espíritu, atraviesa también la línea de las estrellas.